

Las reliquias son objetos o restos del cuerpo pertenecientes a un hombre que ha sido considerado santo en vida.

El culto de las reliquias, según nuestra opinión, tiene por objeto obtener la intercesión del hombre considerado santo, a quien pertenecía la reliquia, para obtener algún milagro.

En realidad, no debemos recurrir a una reliquia para obtener un milagro, ya que esto nos aleja de la verdadera fe en Dios, mediante la cual podemos acudir con confianza al Espíritu del Señor, en la oración, pidiéndole lo que necesitamos, tal como Jesús nos enseñó.

Si no ponemos en práctica la palabra de Jesús, que es el Hijo de Dios, el Santo de los Santos, el Veraz, estamos dudando de Él o no queremos creer en Él, considerándolo un mentiroso.

El culto a la reliquia que practicamos, que se traduce en la adoración de la reliquia, es una actitud que nos aleja de la verdadera adoración de Dios, como Espíritu de vida eterna que vive en el cielo, que no tiene nada que ver con un objeto material ni con los restos del cadáver de un hombre, sea quien sea.

El Señor quiere que pongamos nuestra confianza en su Espíritu y no en algo material y visible.

De lo contrario, ¿qué sentido tendrían la oración dirigida al Señor y la adoración en Espíritu y verdad?

Para entender que nuestra actitud hacia las reliquias es errónea y a quién debemos dirigirnos en su lugar para obtener un milagro, podemos remitirnos a las siguientes citas entre paréntesis de las sagradas escrituras:

1) La afirmación de Jesús sobre los huesos de los muertos:

(¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que os parecéis a los sepulcros blanqueados! Por fuera tienen buena apariencia, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de podredumbre). Mateo 23,27

Nos muestra que los huesos de los muertos son considerados por Jesús como algo impuro, que hacen compañía a la podredumbre dentro de la tumba, fuera quien fuera el hombre a quien pertenecieran. Por lo tanto, no podemos adorar los huesos impuros de una persona muerta.

2) La afirmación de Jesús sobre enterrar el cadáver:

(A otro le dijo: «Sígueme». Él respondió: «Señor, déjame primero ir a enterrar a mi padre». Le contestó: Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el reino de Dios»). Lucas 9,59

Esta afirmación nos muestra que ni siquiera deberíamos molestarnos en enterrar el cadáver de nuestros familiares, sin tener en cuenta su santidad. Así, sin saber siquiera dónde se entierra el cadáver, ¿cómo pensar en querer conservar sus huesos para convertirlos en objeto de culto?

3) Afirmación de Jesús sobre los obradores de iniquidad:

(Aquel día muchos dirán: «Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre y en tu nombre hemos echado demonios, y no hemos hecho en tu nombre muchos milagros?». Entonces yo les declararé: «Nunca os he conocido. Alejaos de mí, los que obráis la iniquidad»). Mateo 7,22

Esta afirmación de Jesús nos muestra que la reliquia que veneramos podría pertenecer a un hombre juzgado por Él como obrador de iniquidad, aunque haya realizado durante su vida muchos milagros. Así pues, no podemos confiar en tal reliquia ni venerarla.

4) La afirmación de Jesús sobre la oración dirigida al Padre en secreto:

(Tú, en cambio, cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo recompensará. Cuando recéis, no uséis muchas palabras, como los gentiles, que se imaginan que por hablar mucho les harán caso. No seáis como ellos, pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis). Mateo 6,6

Esta afirmación nos muestra que, para obtener un milagro, podemos acudir con confianza a nuestro Padre Celestial, que está en el secreto y ve en el secreto, incluso con unas pocas palabras sinceras.

El Señor no necesita largos discursos para reconocer nuestra fe.

5) El milagro de la higuera que secó Jesús por la fe en Dios:

(A la mañana siguiente, al pasar, vieron la higuera seca de raíz. Pedro cayó en la cuenta y dijo a Jesús: «Maestro, mira, la higuera que maldijiste se ha secado». Jesús contestó: «Tened fe en Dios. En verdad os digo que si uno dice a este monte: “Quítate y arrójate al mar”, y no duda en su corazón, sino que cree en que sucederá lo que dice, lo obtendrá. Por eso os digo: todo cuanto pidáis en la oración, creed que os lo han concedido y lo obtendréis). Marcos 11,20

Aquí vemos que, para obtener un milagro, es necesario tener fe en Dios, creer sin dudar en lo que se pide. Lo que se dice sobre la montaña arrojada al mar es comparable a la apertura del mar Rojo por parte de Dios durante el éxodo de los israelitas. Al igual que el Señor toma una masa de agua y la divide, también debe poder tomar una masa de tierra y arrojarla al mar, independientemente de su volumen.

6) Jesús es el único mediador entre el hombre y Dios:

(Esto es bueno y agradable a los ojos de Dios, nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Pues Dios es uno, y único también el mediador entre Dios y los hombres: el hombre Cristo Jesús) 1 Timoteo 2,3

Aquí vemos que el mediador entre Dios y los hombres es uno solo, el Señor, por lo que si queremos obtener un milagro, podemos acudir a Él en el nombre del Señor. Es mejor acudir al Santo de los Santos, que murió y resucitó, y no a un santo que murió y no resucitó.

7) Los milagros por la fe en Jesús:

(En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aun mayores, porque yo me voy al Padre. Y lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré). Juan 14,12

Aquí vemos una vez más que, para obtener un milagro, podemos acudir con confianza a Jesús, presente en Espíritu entre nosotros. De hecho Él dijo: (porque voy al Padre), es decir, voy a convertirme en Espíritu.

8) Los milagros de Elías a través de la fe en Dios:

Los milagros del profeta Elías nos muestran que un hombre que tiene fe en Dios, aunque no conozca a Jesús, puede obtener milagros de Dios invocándole en el nombre del Señor. De hecho, en la época de Elías, alrededor del año 900 a. C., Jesús aún no se había manifestado en la tierra. Los milagros de Elías confirman las palabras de Jesús sobre la oración dirigida a Dios en nombre del Señor.

El Mensajero de Dios